

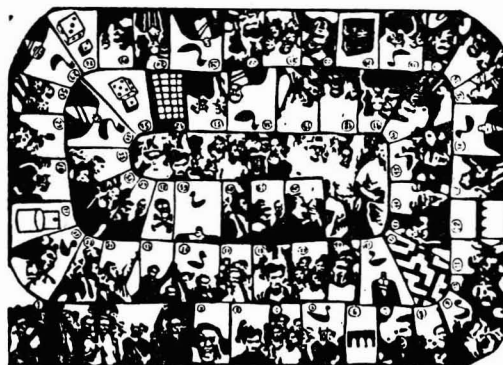
El autor de *El Jarama* es Rafael Sánchez Ferlosio; apenas rebasa los cuarenta años y hace trece, en 1955, esta novela fue laureada. Muchos de los personajes son casi la mitad más jóvenes que el autor, no han visto ni un instante de la guerra civil. Tirando las cascarillas y pelando más cacahuates: "Pues el año cuarenta y el cuarenta y uno hacían el café con cositas de éstas... Así era el café de asqueroso." Y Santos dice: "Eso no era café ni era nada." Definitivamente patética es la siguiente alusión, pequeñísima como las demás: "Pues en guerra creo que hubo muchos muertos en este mismo río." Por ningún azar el autor escogió este lugar de recreo que fue escenario violento, pero ni a flor de piel se percibe lo que fue la tragedia. "Un tío mío, un hermano de mi madre, cayó en la ofensiva, justamente en Titulcia, por eso lo sé yo. Lo supimos cenando, no se me olvida." Quizá no puede haber memoria más patética, pues se pierde en la nadería lo que costó tanta sangre de hermanos. También sirvió esa lucha para la prueba de valores, la prueba al temple humano, la privación de lo forzoso o la renuncia a algo voluntariamente. Claudio dice: "Mi suegra... que se guardó un kilogramo de arroz toda la guerra, sin gastarse un grano, sólo por no sentir que le faltaba y poderle decir a sus parientes ricos y amistades que ella, desde luego, tenía arroz. Y después tuvo que tirarlo, cuando vino la liberación, de mohoso que estaba." Así, apenas vale el hecho de que esa mujer tuvo la satisfacción de saber que podía llenarse la barriga.

Lo extranjero salta a la vista, con la primera mención que viene a cuento, por los yanquis, que van a construir un aeropuerto. La asociación es absurda en la respuesta: "Pues no. La política a mí... Yo sólo leo las carteleras de los cines." Para mayor ironía, Schneider es muestra de la labor alemana, vendiendo higos y otras frutas, a la edad de setenta años; no hay tanto desdén, pues se aprecia el resurgimiento de Alemania con un reproche a sí mismos: "—Ya; ¡parecido a nosotros! — Desde luego; por la otra punta..." En actitud francamente hostil, como la tribu ante el visitante desconocido, cuenta aquél de los hombres "que venían hablando forastero, y no los quisieron dar de comer en la fonda, porque decían si eran protestantes". Pero después el mismo cura estuvo enseñándoles ruinas a estos forasteros. Todo español tiene una raíz tendida a América y no es posible eludir que "¿a lo mejor esto de América no lo hemos pensado todo el mundo alguna vez, con más o menos dosis de convencimiento?". El pastor, que es más congruente les advierte que hablar de América es algo más que cruzar el charco, ni medida tenéis del océano; si toca retirada ¿cómo volveréis? y afirma que los que vuelven con dinero es porque han trabajado duro, igual que en España o Pekín, y sólo vuelven para dar ideas falsas.

La única razón del siglo xx es divertir-

se. Un siglo divertido es, como lo indica la etimología, un siglo que se vierte lejos. Resulta gravísima, honda, la opinión de Felipe Ocaña acerca de que torero como Juan Belmonte no ha habido. Lo importante es bailar y bailar, durante esa única noche del fin de semana, al son del gramófono, cambiando del tango al pasodoble. Los jóvenes se divierten, se esfuerzan por divertirse; la verdad es que salen de la capital porque se aburren, que si estuvieran a gusto no saldrían esos miles y miles. La diversión personal causa un anodino beneplácito social: "Te diviertes. No sabes cuánto me alegro." Mely, la muchacha más vigorosa y con mayores intereses, clama: "¡A ver qué vida! ... Estoy tratando por todos los medios de divertirme un poquito en el día de hoy." Esto es mucho, porque a Miguel no le cuesta ningún trabajo decir: "Yo no sé distinguir

de cuando me aburro de cuando me divierto." La confrontación de hombre a mujer es de igualdad y se argumenta en esta escala de valores: la mujer saca su fuerza de su debilidad; la novia formal no ve razón para que los hombres tengan más libertades que ellas. Se entablan las discusiones preñadas de gazmoñería, rematadas por el incidente de los guardias que reprenden a Mely por ir indecorosa, puesto que está prohibido apartarse de la vera del río sin vestirse totalmente; Fernando la defiende, meloso, prometiendo que no volverá a suceder; pero Mely se enoja con Fernando por su sumisión y se pone al tú por tú, arguyendo que él no tendría que pagar la multa: "Yo no me dejo pagar ninguna multa de nadie." Hay que divertirse. La conversación toca todos los temas, a Marilyn "rubia por todas partes" y los carnavales de Cuba y Brasil, que se hacen con la venta de



—Valdés

sobre "estampa popular española"

Hay un sentido nuevo en la palabra "realismo", éste es el primer dato a considerar. Consiste en haber transformado en tendencia lo que antes no era más que una consecuencia. Es decir que, refiriéndonos a los españoles, ser "realistas" equivale a una *voluntariedad* que sustituye y modifica a la antigua *fatalidad* que quedaba implícita en una frase tan conocida de todos nosotros como "los españoles son realistas por naturaleza". La voluntad española actual por hacer realismo supone la decisión de no querer ser realistas de derecho divino, sino por una decisión personal y voluntaria.

Pero hay más: el realismo sabe que todo arte, sea o no voluntariamente realista, es el testimonio de una realidad. Cualquier arte, en la medida que lo es verdaderamente, puede responder a esta pregunta: ¿Por qué? El realismo no entra a discutirle la legalidad de su respuesta, ni siquiera ahora, cuando tantas situaciones límites han precipitado tantas posiciones en el límite de la tendenciosidad, con la apariencia de un caos informe y desmedulado. El realismo —al menos español— lo único que pretende es añadir a esa respuesta que el arte ya hace espontáneamente otra respuesta más comprometida, la que presupone esta previa pregunta: ¿Para qué? El realismo responde: Para comunicarnos, para entendernos, para crecernos y multiplicarnos haciendo nuestra la voz de los demás y ofreciéndoles a los demás nuestra propia voz.

Evidentemente, por esa tentativa es por lo que la asociación de las palabras "realismo" y "social" adquiere plena coherencia.

—José María Moreno Galván